

Ignacio Ellacuría, teólogo y mártir*

**Víctor Codina,
Cochabamba, Bolivia.**

Los teletipos del 16 de noviembre del 89, con su frialdad metálica, comunicaron al mundo la brutal noticia: han sido asesinados en El Salvador seis jesuitas, entre ellos Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana (UCA). Luego la televisión difundió las imágenes de los seis cuerpos, más los de una empleada y su hija, tendidos boca abajo en el jardín de su casa, mientras el arzobispo de San Salvador rezaba un responso.

Todavía bajo el impacto de la noticia, deseo evocar la figura de Ignacio Ellacuría, tal como lo conocí. Es un recuerdo de homenaje y una memoria subversiva.

1. El rey sol

Conocí por primera vez a Ignacio Ellacuría en Innsbruck en 1961. Este joven jesuita vasco, nacionalizado en El Salvador, recién ordenado de sacerdote, concluía aquel año sus estudios de teología en Austria. Allá coincidimos, con otros muchos, que acudían a la célebre facultad de teología austríaca, donde por aquellos años enseñaban, entre otros, el teólogo Karl Rahner, su hermano Hugo historiador de la Iglesia y el liturgista Josef Andreas Jungmann.

Ellacuría descollaba por su fuerte complexión atlética, por su figura típicamente vasca y sobre todo por su gran inteligencia. Su carácter de líder nato ya se manifestaba en aquellos lejanos años. Siempre algo distante, serio, a veces irónico, con su aguda reciedumbre y seguridad, en todos los sentidos. En torno a él se agrupaban compañeros y amigos. Alguno comenzó a llamarle, en broma, el rey sol, aludiendo a su brillantez y dominio. Para algunos no era una persona simpática, ni fácilmente accesible.

Después de Innsbruck, Ignacio hizo el doctorado en filosofía con Zubiri en

* Publicado en la Revista *Cuarto Intermedio* (Bolivia). Nº 14, febrero de 1990.

Madrid. Zubiri, el viejo maestro vasco, halló en Ellacuría mucho más que un discípulo inteligente. Ellacuría fue su interlocutor, su cuestionador, su puente de apertura a otros mundos, su heredero filosófico. Ellacuría pasaba largas temporadas en Madrid con Zubiri, ayudándole en la publicación de sus obras. Fueron los años de mayor fecundidad de Zubiri y los años más brillantes del Ellacuría filósofo. Sin duda, Zubiri proporcionó a Ellacuría categorías filosóficas de realismo social que Rahner no le había podido dar. Más tarde, Ellacuría implantó el pensamiento de Zubiri en los estudios de filosofía de la UCA de El Salvador.

Pero Ellacuría renunció a las brillantes oportunidades que se le ofrecían en el mundo académico europeo y regresó a El Salvador con los suyos.

2. Un hombre nuevo

Volví a coincidir con Ellacuría a comienzos de los 70, en Roma, en un curso para superiores que convocó el entonces general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe. Me encontré con otro Ellacuría. No había perdido el vigor, ni la profundidad de antes, pero era diferente, como más sensible y tierno. Tras una aparente frialdad intelectual y una postura crítica, encerraba una gran pasión por los pobres y una gran indignación por la injusticia reinante en América Latina. Cuando él hablaba, todo adquiría un sentido nuevo, una fuerza especial.

Más tarde comenzaron a aparecer sus publicaciones teológicas en la línea de la liberación. Comenzaron sus viajes a congresos y foros internacionales, sus declaraciones a la prensa y a la televisión. Sus palabras adquirían un tono profético, su voz era de fuego, cuando denunciaba la injusticia que sufría su pueblo, las muertes de El Salvador, cuando hablaba de Monseñor Romero. Algo había cambiado en su interior. Como a Monseñor Romero, también a Ellacuría, el pueblo le había cambiado el corazón. Su discurso se volvió cálido, vibrante, emocionado. Nadie podía quedarse frío o indiferente ante su mensaje. Recuerdo la fuerza con la que en un foro de teología en Madrid, rebatió la acusación de que él y otros jesuitas habían manipulado el pensamiento y la voluntad de Monseñor Romero: lo calificó de mentira, de vil calumnia. En multitud de conferencias, Ellacuría explicó lo que significaba la muerte de Monseñor Romero y lo que había sido su vida. Un pueblo no aguanta a un profeta más de tres años, decía medio en broma, aludiendo a los tres años de predicación de Jesús y a los tres años de conversión de Monseñor Romero. A Ellacuría lo aguantaron algo más, pero acabó como ellos.

3. Místico ignaciano

En 1985 hice un retiro ignaciano bajo la dirección de Ellacuría en Cochabamba. No sé si muchos de los participantes, jóvenes en su mayoría, comprendieron lo que significaba hacer los ejercicios con él.

Allí descubrí otra dimensión de Ellacuría. El brillante profesor y rector de la UCA se convertía en un fiel expositor de la espiritualidad ignaciana, en un testigo del evangelio. Sus meditaciones y pláticas unían la profundidad y el rigor intelectual con la sencillez de lo esencial. Insistía en la dimensión histórica del pecado, del reino y del seguimiento de Jesús, en la conflictividad de la opción por el reino y en la cruz.

A veces su mirada brillaba instantáneamente y su voz se quebraba, para retornar en seguida a su tono habitual.

En aquellos días encontré en mi antiguo compañero de Innsbruck a un místico ignaciano, sobrio en la expresión, como Ignacio de Loyola, pero ardiente en sus raíces. Cuando hablaba de El Salvador o de Monseñor Romero, la abstracción cedía a un realismo crudo. Cuando hablaba de Jesús y del seguimiento, estaba revelando el misterio más profundo que daba sentido a su vida.

4. El ciudadano rector

En 1986 fui invitado a dictar unos cursos de teología en la UCA de San Salvador. Conviví cuatro meses en su comunidad con él y con la mayoría de sus compañeros hoy asesinados. Allí descubrí otra dimensión de Ellacuría. El rector de la UCA, "el ciudadano rector" como lo llamaban sus compañeros en broma, era toda una personalidad en el país.

Rector desde 1979, había convertido a la UCA no sólo en una universidad de gran prestigio intelectual, sino en el centro obligado al cual había necesariamente que acudir para tener información fidedigna sobre El Salvador. Su ideal de universidad era formar profesionales que, imbuidos de la pasión por la justicia, fuesen capaces de trabajar realmente por su pueblo y cambiar la sociedad.

Con un horario de trabajo realmente agotador, sólo interrumpido por algún partido de frontón con sus compañeros hoy asesinados, Ellacuría, desde el rectorado, dirigía la universidad y estaba presente en todos los acontecimientos del país. Un día daba una conferencia en la cátedra de realidad nacional de la UCA, sobre la participación del gobierno de El Salvador en el escándalo Irán-Contras, otro día almorzaba con los cancilleres del mercado común europeo, o era llamado a la embajada de Estados Unidos, o recibía a unos sindicalistas italianos, o era entrevistado por la televisión de Austria. O viajaba a Berlín para un congreso científico, a Madrid para disertar sobre utopía y profecía, a Córdoba para tratar de la liberación en las religiones abrahámicas, a California para recibir un doctorado *honoris causa*. O se reunía con algunos de sus colaboradores para estructurar un diccionario sobre conceptos fundamentales de teología de la liberación. O tenía un diálogo en televisión con el mayor D'Abuisson, de extrema derecha, o se entrevistaba con el comandante Joaquín

Villalobos del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), o recibía una llamada de la Fundación Zubiri desde Madrid. Otro día era el arzobispo Rivera Damas, sucesor de Monseñor Romero, quien le pedía mediar entre el gobierno y la guerrilla, o tenía que intervenir para la liberación de la hija del presidente Duarte secuestrada por la guerrilla.

Mediador en diálogos entre el gobierno y el FMLN, su presencia y su figura se agigantaban de día en día. Dialogante crítico, dialéctico temible, mediador inteligente, político sagaz, teólogo liberador, filósofo zubiriano, académico brillante, organizador pragmático, no perdía su sentido del humor, ni su afición al fútbol (¡al Athletic de Bilbao!), ni su gusto por los helados. También sabía tener tiempo para sus amistades. Algún fin de semana iba al Pacífico, y allí corría por la playa, se bañaba, y tumbado en una hamaca escuchaba noticias por radio, pensaba el próximo editorial para la revista *ECA*, y rezaba... El domingo por la tarde regresaba a la comunidad, para reincorporarse de nuevo a su agotador trabajo cotidiano en el rectorado de la UCA.

5. Teólogo de la liberación

Ellacuría ha sido uno de los promotores de la teología de la liberación, junto con otros teólogos de Perú, Brasil, Uruguay, Chile, Centroamérica, etc. Resumió su método teológico, haciendo una especie de juego de palabras, en estas tres tareas:

hacerse cargo de la realidad, es decir, conocerla real y vivencialmente, sufrirla visceralmente, para así poder descubrirla intelectualmente;

encargarse de la realidad, o sea, asumir la tarea de transformarla, poniendo la inteligencia al servicio de la praxis;

cargar con la realidad, aceptando la responsabilidad ética de la función intelectual y la dureza de esta confrontación.

El mismo vivió estas etapas de la misión intelectual del teólogo.

Se hizo cargo de la realidad de El Salvador con un conocimiento visceral e intelectual, zubiriano. Analizó, a la luz de la sociología y de la política, la situación de su país, de América Latina, del tercer mundo, y constató que era algo radicalmente injusto, ya que la salvación no se hace realidad histórica, buena noticia, para la mayor parte de la humanidad.

El sistema capitalista, que en el primer mundo aparece con su cara risueña de progreso y abundancia, en América Latina se quita la careta y descubre su brutal realidad: un sistema destinado a favorecer a unos pocos en el mundo, que ofrece abundancia de bienes de consumo para élites, pero todo ello a costa de la reducción a la pobreza de la mayoría de la humanidad y la destrucción ecológica. Es un sistema no universalizable, que no sirve. Tampoco el socialismo

real comunista, que es capitalismo de estado, ofrece soluciones válidas para la humanidad.

Ellacuría critica duramente la civilización de la riqueza, por su crueldad, por su materialismo inhumano y por su vaciedad espiritual. Es necesario no sólo un cambio económico y político, sino un nuevo orden histórico internacional.

Esta visión de la realidad, iluminada por la fe, se convierte en teología y teología profética: esta situación de pobreza inhumana es pecado, crucifica al pueblo, que se convierte en imagen viva del Siervo de Yahvé, sin rostro ni belleza. Este pueblo de Dios crucificado es sacramento de Cristo, su prolongación visible en la historia. Y es en la historia donde se juega la salvación: no sólo existe una historia de la salvación, sino que debe existir una salvación en la historia.

Pero esta denuncia profética va acompañada de un anuncio esperanzador. A la civilización de la riqueza, contraponen dialécticamente, a la luz del evangelio, la civilización del trabajo y de una vida pobre y sencilla, es decir, una humanidad que oriente sus recursos para satisfacer ante todo las necesidades básicas, que en lugar del consumo opte por el compartir, en vez del disfrute vacío alienante de la moderna cultura del ocio, viva una cultura comunitaria y festiva. Frente a la tierra vieja del primer mundo, Ellacuría proclama la tierra nueva de la utopía cristiana, en la cual los pobres sean el sujeto activo, que la Iglesia opte por los pobres y camine con ellos, y así se vaya convirtiendo al reino de Dios. Esta Iglesia de los pobres, tal y como se da en algunos lugares de América Latina, se convierte en sacramento histórico de liberación, en ella vive el Espíritu de Jesús, es ya el cielo nuevo en la tierra.

Ellacuría intenta concretar estos principios más genéricos en propuestas y decisiones más concretas y operativas, juntando la percepción de la utopía con el realismo profético de la historia. Intenta hacerse cargo de la realidad. Su tarea de rector de la UCA le ofrece una plataforma óptima para educar una nueva generación con una visión diferente del trabajo y la sociedad. La universidad, como él repetía, no es neutral, ha optado por los pobres y el cambio de las estructuras.

Con el tiempo acentúa el valor de lo social sobre lo político (la toma del poder), no porque lo político no sea importante, sino porque se convence tanto de la corrupción inherente a la actual política partidista como de la necesidad de una concientización popular social, previa al cambio de estructuras. También es cada día más crítico frente al uso de la violencia armada para resolver los problemas de América Latina, seguramente al ver la experiencia trágica de diez años de guerra en El Salvador. Por eso, siempre tendía a buscar soluciones a través de un diálogo justo y sincero. De lo que siempre fue terriblemente crítico es de la violencia institucional y represiva del Estado, e incluso de la violencia contestataria del primer mundo (tipo ETA...).

Ellacuría cree que el capitalismo es irreformable, por ser esencialmente anticristiano, y aunque es crítico frente al socialismo real, cree que el socialismo está más cerca de la utopía del reino y que puede ser punto de partida para avanzar críticamente. Lamenta que la Iglesia haya intentado, con fracasos continuos, reformar el capitalismo mientras que ha descartado la tarea, más fácil, de reformar el socialismo. Ellacuría no acepta una tercera vía cristiana, sino que cree que entre todos hay que ir buscando nuevos caminos en la historia, correspondiendo a los profesionales responsables trabajar en este sentido.

Estas líneas de su pensamiento lo convierten en un profeta radical y crítico, incómodo para todos. Es crítico del gobierno salvadoreño, del primer mundo, de la misma estructura eclesiástica, en la medida en que pacta con el poder capitalista, se aleja de los pobres y actúa más por razones diplomáticas que evangélicas. Es crítico frente a la conquista española de América Latina, que "descubrió" los reales intereses de la corona española, la ambición de oro y "encubrió" la rica cultura amerindia y los desastres de la invasión. Es muy crítico frente a la política de Estados Unidos, que en El Salvador se manifiesta inepta. Es duro frente a los gobiernos militares y oligárquicos que utilizan la fuerza bruta y a los paramilitares para defender sus intereses, sembrando muerte por doquier. También es crítico con la guerrilla, a la cual, en sus diálogos frecuentes, hace ver sus errores y engaños.

Realmente se hizo cargo de la realidad y se encargó de ella. Horas antes de su asesinato formuló su disposición para dialogar nuevamente con el gobierno y la guerrilla. Por todo ello, cargó con sus consecuencias.

8. Mártir

Desde hacía años, Ellacuría recibía amenazas, incluso de muerte. Su casa sufrió varios atentados de bombas. Su nombre apareció como cabeza de lista de los condenados a muerte, lo cual le obligó a emigrar a Nicaragua por un año. La prensa y la televisión oligárquica atacaban con frecuencia a la UCA y a su rector.

Era consciente del peligro, no quería ser mártir, temía la muerte. Se cambió de casa con otros de la UCA para poder vivir junto al campus universitario y así estar más seguro.

Ultimamente, las amenazas arreciaron. Pocos días antes de su asesinato, al dejar España para volver a El Salvador, manifestó su miedo a ser asesinado, pero deseó volver junto a su pueblo. Luego estalló el ataque frontal del FMLN, y el brutal e irracional asesinato de los seis jesuitas por un escuadrón armado y uniformado. Sean quienes sean sus ejecutores, los responsables últimos no pueden ser otros que los que asesinaron a Monseñor Romero: la extrema derecha, con la connivencia de los poderes dominantes en el área.

Su muerte, como la de sus compañeros, es martirial, es consecuencia de su opción por los pobres, por una fe que se realiza en la justicia, opción por la liberación del evangelio, por la utopía de una tierra nueva y un cielo nuevo. Esta opción, en El Salvador y en muchos lugares de América Latina, es conflictiva, como lo fue la de Jesús, la de Monseñor Romero y la de tantos otros mártires de la historia de la Iglesia.

Pero aquí nos encontramos con algo insólito. Desde los primeros siglos de la Iglesia no había teólogos mártires. En la Iglesia primitiva conocemos los nombres de Justino, Ignacio de Antioquía, Cipriano, Ireneo de Lyon y otros, que juntaron la teología y el testimonio de su sangre. Luego hubo teólogos santos (Agustín, Tomás, Buenaventura, Belarmino...), pero la teología dejó de ser peligrosa, por lo menos para los poderes públicos del Estado.

Hoy día, la teología en América Latina vuelve a ser peligrosa, porque vuelve a ser profética. Frente a una teología académica, que en el primer mundo goza de cierto prestigio profesional y social y que actualmente sólo padece tensiones intraeclesiales, en América Latina, la teología es sospechosa, no sólo para algunas instancias eclesiales, sino también para los gobiernos alineados con el imperio. Los asesinos de Ellacuría y de sus compañeros quisieron descabezar una línea universitaria y teológica comprometida con el pueblo. Quisieron realizar un escarmiento público, ajusticiar una opción teológica, desde otra teología, la llamada "civilización cristiana occidental". La muerte de Ellacuría es no sólo teológica, sino "teológica", teólogo y mártir; mártir por su misma teología profética. Ellacuría ha devuelto a la teología el carácter testimonial de los primeros siglos, la ha purificado de todo carácter mundano y ha dado a esta profesión su estatuto real: saber dar razón de la esperanza al pueblo con la palabra y la vida, ser testigos con la vida y con la palabra del Señor muerto y resucitado, anunciar el Reino con todas sus consecuencias.

Ellacuría, en sus escritos y en su predicación, solía decir que Jesús es el cordero de Dios que no sólo quita el pecado del mundo, sino que carga con el pecado del mundo, hasta la cruz (Jn 1, 29). También el pueblo crucificado carga, como el Siervo de Yahvé, con el pecado del mundo y coopera a la salvación de la humanidad.

La muerte de Ignacio se sitúa en esta misma línea: cargó con el pecado del mundo, hasta la muerte y muerte sangrienta, y así colaboró a la liberación del pecado. Su martirio será, esperamos, liberador, para el pueblo salvadoreño y nos abre unas pistas nuevas para la comprensión de la función del teólogo en la Iglesia: ser testigo del Señor en la historia y cargar con el pecado del mundo.